

# Baraka

El perdón de las brujas



Eddy León Barreto

 Literanda narrativa

# Baraka

## El perdón de las brujas

La Inquisición las quiere muertas... el diablo también

Eddy León Barreto

Título original: Baraka

Eddy León Barreto

Diseño de portada: Literanda sobre una ilustración de Compendium Maleficarum, Francesco María Guazzo, «Pisoteando la cruz», 1608.

© Eddy León Barreto, 2012

© de la presente edición: Olmo Cepero de la Plaza, Literanda, 2014

*Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.*

Más ediciones en [www.literanda.com](http://www.literanda.com)



*«Dedico esta novela a mis hijos Eddy, Terry, Melissa y Yeniré;  
y a mis ocho nietos. Con un muy especial recuerdo a  
mi abuela Dieguita Acevedo de Barreto, quien  
antes de yo conocer las de "HABÍA UNA VEZ..."  
de niño me contó sobre brujas buenas y reales»*

## INTRODUCCIÓN

BARAKA, EL PERDÓN DE LAS BRUJAS, llevó más de un año de investigación para que sus personajes pudieran actuar en dos marcos históricos importantes: el siglo XVII, el de la Inquisición, viajes de descubrimientos, comercio negrero, piratas, etc.; y la década de los años 30, en el siglo XX, la Europa pre segunda guerra mundial, y una apacible población de Venezuela, donde ocurren hechos, sucesos, que para el momento fueron extraordinarios y que hoy se han perdido en la memoria de sus habitantes. Es más, la existencia de brujas fue un relato de mi abuela y el cual convertí en pequeña crónica en la década de los 80 en una sección del diario *El Nacional*, de Caracas, que prácticamente fue el germen de lo que ahora es esta novela.

Resultó interesante adentrarse en esa etapa negra de la historia de la humanidad o de la iglesia católica, en la que millares de mujeres fueron achicharradas acusadas de mantener pactos con el demonio. Por siglos se corrió, se enmascaró, este también holocausto, que se unió al de los millones de negros sacados del África para explotar las nuevas tierras americanas, donde ya los conquistadores habían exterminado a un número grande e indeterminado de los indígenas. Estos tres hechos de por sí, son suficientes

para interesarse en una novela, y es lo que he escrito, sumando además la afrenta de la Alemania nazi, y algunos sucesos de mi ciudad natal. No hay que negar que los seres humanos somos tan especiales que podemos estar del lado del mal o del bien, y en cada una de estas partes se requiere de portentos, de poderes, o simplemente de deseos. Por lo que les cuento acá, esta novela de ficción histórica, creo que tendrá cierta atracción para el público en general, pero sin duda, a los jóvenes les encantará. Y esto lo digo porque mi «correctora y apoyadora», la colega, docente universitaria y amiga Carolina González, muy analítica y controvertida (¡no sabes cuánto te agradezco tu tiempo y paciencia!) la ha calificado simplemente de BUE-NÍSIMA, y si ella lo dice...

Y mi agradecimiento a quienes tuvieron el aguante de leer algunas veces, o escuchar de mi propia voz, los entretelones de lo que escribía, y me dieron ánimos para terminarla. Mi hijo mayor, el Junior, fue uno de ellos y, además, diseñó la portada del ejemplar impreso. Y también, gracias, a los que no se sintieron atraídos por su lectura pero que me obligaron a realizar acertados desvíos argumentales.

*Barcelona, Anzoátegui, Venezuela, agosto 2012*

*«No hubo brujos ni embrujados hasta que se empezó a hablar y escribir de ellos»*

*Alonso de Salazar y Frías, Gran Inquisidor español, siglo XVII.*

*«No hay que creer que existan; no hay que decir que no existen»*

*Dicho español.*

*«A la hechicera no dejarás que viva»*

*Éxodo, 22.18*

*«...no hay libro tan malo que no tenga algo bueno...»*

*Plinio el Joven*

ALEJANDRÍA, 1600 Y TANTOS D.C.

La punta del alfanje penetró casi hasta el hueso y le fue cortando la piel de la frente de una sien a la otra, pero Al Kalil ni cerró los ojos ni exclamó un susurro siquiera. Sentía que su sangre le bruñía el rostro ya cubierto de arena del desierto y, bajando los ojos, veía cómo se desparramaba raudamente en su chilaba blanca que cambiaba rápidamente de color, pero atado de pies y manos como estaba y obligado sobre una silla, nada ganaba con gritar. Se había acostumbrado a largas jornadas de ayuno y oración para enfrentarse a los demonios, que la de ahora no sería tan diferente salvo por el tormento físico. Y seguro que lo seguirán trozando. Ahora su trinchante movió la hoja de acero que resplandeció a la luz de una lamparilla dejando ver tracerías muy bien labradas y comenzó a hundirla en los carrillos y prosiguió tasajeando los brazos; luego la bajó hasta el pecho para cortarlo en cruz, de lado a lado, arriba y abajo, y con este último movimiento tocando con dureza, como si re-amolara la ya afilada hoja, el ternilloso esternón, incrementando así el dolor que ya resultaba insoportable. Pero Al Kalil creía estar en mejor posición que Esteban al que apedrearon hasta morir, el primer mártir del cristianismo, y por lo menos no lo estaban desollando vivo como habían amenazado sus captores cuando lo sorprendieron saliendo del templo de Alejandría y lo llevaron a la cueva donde lo tenían ahora para que dijera dónde guardaba las cuartetas de Isaías que poseían el secreto para enterrar las legiones del *Abaddón*, sencillamente al propio *Exterminador*, a la cola del dragón de las criaturas infernales. Y una de ellas

lo tenía en esta situación, en ese querer morir antes de traicionar, en ese llorar de dolor pero sin gritar, y lo buscado, lo largamente preguntado desde que se apoderaron de su cuerpo, para alegría de su ascendencia, estaba enterrado en otro lugar, en las nuevas tierras del cristianismo más allá de las Columnas de Hércules. Las habían asegurado en hojillas de plomo y guardado en arcón de plata, con el dedo con el cual Juan el Bautista mostró al Salvador del mundo, medallas de Munda y tierra sagrada del pie de la Cruz del Gólgota, por mil quinientos años, pasando de generación en generación hasta llegar a los Enríquez, de España. Ahora, Al Kalil, a punto de morir, encomendó su alma al Señor y declamó a Isaías con voz agonizante, dirigiéndola a la presencia, a lo que sabía que estaba allí, en la semioscuridad, percibiendo sin miedo los dos carbones encendidos que por ojos tenía la figura infernal que miraba al frente: «¡Cómo has caído del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! ¡Cómo te has venido al suelo, tú que debilitaste a las naciones! Pues te dijiste en tu corazón, me elevaré a los cielos, exaltaré mi trono por encima de las estrellas de Dios: me sentaré también en el monte de la asamblea, en la parte del norte; subiré más allá de las alturas de las nubes; seré igual que el Altísimo. Sin embargo, serás arrojado al infierno, a lo profundo del abismo».

Y sin perturbarse por lo escuchado, Satanás, porque tenía poder para matar, consumió en fuego el cuerpo de Al Kalil antes de que pudiera despedir su último aliento.

—Hay que convertir a otro más débil que lo que era este para que me traiga esa arquilla —dijo—, y con solo un gesto, enseguida sepultó la cueva. Las cenizas del nuevo mártir se unieron con la tierra.

—«Polvo eres y en polvo te convertirás».

HISTORIA I

EN UN LUGAR DE ESPAÑA, SIGLO XVII

## CAPÍTULO I

—«¿Cómo poder documentar que una persona, en cualquier momento, vuele por el aire y recorra ciento veinticinco leguas en una hora; que una mujer pueda salir por un agujero por el que no cabe una mosca; que otra persona pueda hacerse invisible a los ojos de los presentes o sumergirse en el río o en el mar y no mojarse; o que pueda a la vez estar durmiendo en la cama y asistiendo al aquelarre... o que una bruja sea capaz de metamorfosearse en tal o cual animal que se le antoje, ya sea cuervo o mosca?».

—«Estas cosas son tan contrarias a toda sana razón que, incluso, muchas de ellas sobrepasan los límites puestos al poder del demonio» pero, sin embargo, hay quienes lo creen como decir que Dios sí existe.

Hay que añadir, además, que «ciertas mujeres criminales, convertidas a Satán, seducidas por las ilusiones y los fantasmas del demonio, creen y profesan que durante las noches, con Diana, diosa de los paganos e innumerable multitud de mujeres, cabalgan sobre ciertas bestias y atraviesan los espacios en la calma nocturna, obedeciendo a sus órdenes como a las de una dueña absoluta.»

Juana Enríquez, blanca y hermosa, alta y fuerte, sin exceder el grosor de sus carnes, por lo que no se le podía definir de rolliza sino que lo apa-

rentaba porque ahora estaba pasando por una situación de transformación física muy interesante, era prácticamente la guía de aquellos hombres y mujeres que huían para salvar no sus vidas como motivo principal, sino sus creencias, su fe, el saber que, como dijo Jesús, «todo aquel que haga milagros en mi nombre tendrá mi bendición», porque la mayoría lo que hacía era llevarle a los más necesitados la curación de sus males físicos y espirituales, bien con el calor que emanaba de sus manos, con el conocimiento ancestral de lo que pueden hacer las plantas y los minerales y, por supuesto, con dones maravillosos muy parecidos a los que tenía el propio Cristo pero nunca, por lo menos en lo que ella conocía, utilizando los también grandes poderes del maligno.

Aún escuchaba lo que decían en esos juicios contra la gente que solo se dedicaba a curar a sus semejantes golpeados por la llegada de grandes plagas. Acusaciones que, aunque nunca fueron comprobadas, sí volaron como polvo de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de aldea en aldea:

—«Que los bruxos y bruxas las conocía en que miraban alborotado y tenían en uno de los ojos una señal negra y no podían llorar, y que los que tenían la señal que el demonio les ponía, aunque picasen muy resio en la dicha señal no lo sentían... tienen en el ojo izquierdo en el blanco dél una señal pequeña negra como lenteja que les pone el demonio, y que el demonio les pone la dicha señal, les dize que es del Angel de la bellaguarda... y la ponía el demonio con una varita que parecía de oro».

—«Que muy a menudo, y siempre en la noche del viernes al sábado, han asistido al *sabbat*, que se celebraba ora en un lugar, ora en otro. Que allí, en compañía de hombres y mujeres sacrílegos como ellas, se libraban a toda clase de excesos, cuyos detalles causan horror... allí adoraba al macho cabrío y se daba a él, así como a todos los presentes en aquella fiesta infame. Se comían en ella cadáveres de niños recién nacidos, quitados a sus nodrizas durante la noche; se bebían toda clase de licores desagradables y la sal faltaba en todos los alimentos. Se cocía en las calderas, sobre un fuego maldito, hierbas envenenadas, sustancias extraídas bien de los animales, bien de cuerpos humanos, que, por una profanación horrible, iba a levantar del reposo de la tierra santa de los cementerios para servirse de ellos en los encantamientos; merodeaban durante la noche alrededor de las

horcas patibularias, sea para quitar jirones a las vestiduras de los ahorcados, sea para robar la cuerda que los colgaba, o para apoderarse de sus cabellos, uñas o grasa.»

Pero, de verdad verdad, todo eran mentiras, si mentiras, porque «humana cosa es apiadarse de los afligidos...» Y eso era lo que Juana Enríquez y sus amigos hacían. Por primera vez la Iglesia estaba viendo en la mujer sabiduría y en un mundo de hombres, donde lo femenino era secundario, la Trinidad no podía tener mujer: solo Padre, Hijo y Espíritu Santo.

## CAPÍTULO II

—«A lo mejor estabas vivo cuando te echaron al candelero y consciente porque te sentí. ¿Cómo hace uno para saber el dolor que soportaste? Ni imaginádoselo puede uno saberlo. Te arrancaron de mi vida y no pude hacer nada. Euclides, mi amor, perdóname por no poder ayudarte...».

—«Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten misericordia de mí; Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten misericordia de mí; Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten misericordia de mí.»

No era una letanía colectiva, ni un mantra para liberar el alma de sus miedos, pero la larga fila de caminantes la repetía individualmente, pausadamente, como la mejor manera de comprender que, ante la insaciable persecución de los inquisidores de la Iglesia Católica, podían contar con tener una esperanza invisible como la mejor protección para sus vidas.

Y Juana Enríquez, yendo a la cabeza, también la decía sin dejar de pensar en cómo fue asesinado su amado.

—«Y a sus viejos también los quemaron. Gente inocente. ¡¿Por qué Dios mío, por qué?! Absurdo que esto ocurra. La maldad no tiene límites»— seguía pensando.

Morir por creer en Cristo era la mejor opción ante las acusaciones de mantener pactos con el demonio.

Podían muchos de los que huían exteriorizar sus supuestos grandes poderes para por lo menos defenderse honestamente, pero era dejar al descubierto lo que ahora intentaban guardar para no ser precisamente conocidos por los perseguidores que no tenían contemplación para asesinar de las formas más despiadadas que imaginación pudiera concebir, aunque achicharrar a las hechiceras fue lo más común que por varios siglos se vivió en la Europa que ya pasaba lo medieval y más allá.

¿Qué si podían transformarse algunas de las mujeres de la larga fila de andantes en grandes pájaros alados y así huir hacia otras tierras para iniciar una nueva vida? Sería lo más fácil de hacer pero el costo en vidas no lo justificaría, porque al volar algunas las que no podían hacerlo serían muertas por los inquisidores que dirían que si una voló las otras que quedaron también deberían hacerlo y al no poder, el martirio sería el castigo final.

Se entiende así por qué prefirieron caminar y caminar, y los viejos y niños montados en carromatos, venciendo dificultades cien por ciento humanas, hasta llegar a un puerto donde podían, como cualquier común mortal, abordar un barco que las llevara a otras tierras, lejos de su patria, porque solo por ser las mujeres sospechosas de ser brujas «corrían peligro de ser linchadas por las masas: se les tiraba piedras, encendían hogueras alrededor de sus casas y ya a algunas les destruyeron la casa con ellas dentro».

Ni recordar lo que un tribunal inquisidor discutió para argumentar la realidad de las brujas:

Juana llevaba un vestido que casi le llegaba a los pies y, debajo de este, unas enaguas con muchos bolsillos en los que guardaba hojas, raíces y frutos secos de plantas comunes y desconocidas: era su herbario particular, su farmacopea no escrita en la que también escondía polvillo minerales y un sinfín de metales raros.

Su pelo negrísimo se ocultaba debajo de una toca, cuyo pañuelo de seda pura de oriente, regalo de su padre, como un *hiyab* se envolvía alrededor de la cabeza y del cuello hasta el mentón, destacando así su rostro enigmático y, sin duda, de gran belleza.

Así como ella, otras traían consigo similares guarniciones. Con estas no solo se alimentaban con la elaboración de brebajes e infusiones, sino que curaban a enfermos que encontraban en el ya largo camino iniciado meses atrás cuando la soldadesca española irrumpió en sus hogares en busca de los supuestos brujos y brujas, más a estas últimas que a los primeros, a quienes por cierto no le tenían tanta aversión.

Caminaban uno detrás de otro, moviendo sus carretas por senderos abiertos entre lodazales y en serranías, para no seguir los caminos reales más transitados, andando desde madrugada hasta caer el sol. Había niños, jóvenes y ancianos, y casi se acercaban al medio centenar.

Mucha gente para pasar desapercibida. Viajeros con toda la realidad de los que huyen y, por eso, Juana alentaba a todos a no desmayar para llegar pronto a la próxima ciudad portuaria, donde se dividirían en grupos para simplemente salir hacia otras tierras. Si tropezaban con otros viandantes decían que estaban en busca de nuevos horizontes para sus vidas, pero a pesar de sus semblantes cansados no daban muestras de ser unos andrajosos, ni de formar parte de una caravana de mendigos y hasta de gitanos, también otra minoría que no las llevaba todas consigo.

Sola y huérfana, no tenía a nadie en este mundo, salvo las muchas amigas de la comunidad. Era una mujer muy inteligente y estudiosa, que viajó mucho con sus padres por Tierra Santa y que desde pequeña mostró talentos que a su entender solo puede conceder un Ser Superior o el propio Espíritu Santo, en directa comunicación con su creación; y unos portentos muy especiales que le enseñaron a utilizar con moderación, porque siendo cristiana no entendía cómo los superiores católicos se aferraban a su verdad y se empeñaban en negar que otros podían hacer cosas asombrosas sin que se les pudiera acusar de mantener pactos con el maligno.

Cuando era niña, en Jerusalén, supo que sus ascendientes habían formado parte de los setenta y dos apóstoles que Jesús envió a propagar su doctrina. Uno de ellos acompañaría a Saulo de Tarso en su frustrado viaje a la Hispania y de él conocieron sus descendientes muchas ágrafas de Cristo que no aparecen en los Evangelios conocidos pero que se difundieron de forma oral; una de sus preferidas era «más bienaventurado es dar que reci-

bir» y la tenía como guía de su actuación diaria, porque servía a todos y a nadie negaba una asistencia.

Entendía que la creencia en Dios no estaba supeditada a los milagros. No hay que hacer fenómenos y maravillas para decir a la gente que tienen que creer, porque Dios tiene tanto o más poder como lo puede tener el maligno, porque el mal y el bien siempre están purgando por el dominio, por el poder total, pero es en el corazón de la gente donde se produce el desvío de la balanza.

Esa era su guía de acción en la vida, su manera sencilla de pensar, y por eso creía que el bien, así como hacen los que están con el mal, se transmite en dones maravillosos que serán buenos cuando se usen para llevar paz y felicidad. Porque pócimas, amuletos o imposición de manos son instrumentos para hacer el bien y también podrían servir para lastimar, pero en definitiva todo está centrado en el corazón y la mente de los que verdaderamente creen en lo que predicán y en lo que hacen, porque «algo que no cambiará nunca es la diferencia entre el bien y el mal».

Para ella todas estas mujeres que ahora huían eran sabias y los hombres, místicos. Y lo que hacía la Iglesia era obligarlos a todos a ocultarse del mundo acusándolos de herejes y, al no comprender, por desconocimiento o quién sabe por cuáles intereses, que sus talentos eran innatos, dados quizás por una Inteligencia Suprema, y muchos de ellos como consecuencia de un largo aprendizaje de conocimientos transmitidos de padres a hijos, de generación en generación, procedían a condenarlos, con o sin juicios previos llegando hasta el exterminio. Temían que algunos podrían tener secretos tan peligrosos que si los daban a conocer, el mundo podría estar en peligro, la religión católica podría sucumbir, el poder de la Iglesia podría desaparecer. Así extinguieron a los cátaros y por eso se ocultaron los esenios.

¿Qué razón hay que asustarse porque algunos pueden transmutar metales y otros conocer el futuro por las señales que el mismo mundo deja por todas partes? Hasta Saulo de Tarso (San Pablo) decía que fue llevado en cuerpo o en espíritu a un lugar que era el paraíso, donde escuchó palabras tan secretas que a ningún hombre se le permite pronunciarlas. Y el mismo Cristo afirmó: «Ay de aquellos que pueden saber que va a hacer buen

tiempo, porque el cielo está rojo o va a llover porque está rojo y nublado y no saben interpretar las señales de estos tiempos, las que guían hacia el reino de Dios».

—«No tenemos culpa de ser como somos, pero algún día nos entenderán. Creo que todos fuimos bendecidos con dones y habilidades increíbles».

Se lo decía su padre y se lo repetían los últimos hombres y mujeres druidas que había conocido, los que afirmaban «que nos escuchan como sabios porque entendemos el lenguaje de lo secreto».